

CONGRESO URUGUAYO DE CIRUGIA

ACTO DE HOMENAJE
A LA MEMORIA
DEL Dr. FERNANDO ETCHEGORRY

Martes 9 de diciembre

*Ocupan la Mesa los doctores André Bergeret, Carlos E. Ottolenghi,
Juan C. del Campo, Abel Chifflet, Víctor Armand Ugón
y Anibal Sanjinés*



*Hacen uso de la palabra los doctores André Bergeret,
Juan C. del Campo, Carlos E. Ottolenghi y Abel Chifflet*

PALABRAS DEL Prof. ANDRE BERGERET *

Pido excusas por emplear el francés, pero no conozco suficientemente bien el español para utilizarlo en este momento. Me siento profundamente conmovido de asistir hoy al homenaje consagrado a la memoria de nuestro querido amigo.

Cedo la palabra al Prof. Del Campo.

* Traducido del francés.

PALABRAS DEL Prof. JUAN C. DEL CAMPO *

El Sr. Ministro de Salud Pública, Dr. Washington Isola, me ha confiado una amarga y noble misión: hablar en nombre de su ministerio en este acto. Amarga porque es amargo renovar dolores para quien está en el polo opuesto de la indiferencia y noble, porque revivir el dolor, afirma la realidad de un sentimiento que nadie más que Etchegorry merecía.

El Ministerio lo contó ininterrumpidamente en sus filas desde que fuera Practicante Interno en 1914. Ocupó el cargo de Médico Interno del Hospital Fermín Ferreira en 1918 y a partir de 1926 desempeñó con diferentes designaciones el cargo de Cirujano de Urgencia, que nos había de vincular aún más, cargo cuya jefatura pasó a ocupar con el beneplácito de todos, en 1940.

Fue Médico de Sala del Instituto de Enfermedades Infecciosas desde 1938 a 1955 y culminó su carrera como Jefe de Servicio de Cirugía en el Hospital Maciel, cargo que abandonó cuando consideró que nada podía agregar a lo que ya había hecho, quizás en anticipo inconsciente de lo que no tardaría en llegar.

No es el Currículum Vitae lo que me habla a mí de su actuación en Salud Pública ni necesito de él para evocar su figura y recordar sus obras, alcanzándome con entornar los ojos para ver todos los Etchegorry que se han sucedido en el curso del tiempo.

Tengo que hacer abstracción de la imagen obsesionante de los últimos meses, encrespado contra una enfermedad que sentía muy seria, para ver el de los años maduros, cuando su inteligencia, su sentido común, su experiencia, le permitían dar una opinión ajustada o un consejo oportuno; o el de los años mozos, gran optimista, viviendo su vida con alegría desbordante, fruto de aquel liberalismo de antes del 14 que traducía en los intelectuales un idealismo sin temores.

* Representante del Ministerio de Salud Pública del Uruguay.

En cierto momento Etchegorry pudo entrar en la Facultad. E 1924, antes de iniciarse un concurso de agregación, hubo de girse un grupo de cirujanos para ocupar los cargos.

Entre sus discípulos Navarro eligió a Etchegorry, distinción que por quien la hizo era consagración y nunca debe él haberla olvidado.

Pero unos pocos años habían cambiado orientación y exigencias y una generación debió ser sacrificada. Etchegorry, que era de esa generación, lo comprendió y se retiró a tiempo, sin aspavientos, sin protestas, inteligentemente y en silencio, como cuadro a los grandes.

Quizás fue una suerte.

La carrera de Facultad, por lo absorbente, lleva en parte al aislamiento y la vinculación es esencial.

Fernando encontró para sí una banda de actuación, que acaparó por su cultura general, por sus condiciones naturales, por su don de gentes, con su sinceridad gruñona que lo separaba de la diplomacia y lo apartaba de la adulación, comprendiendo que todos los esfuerzos aislados hay que amalgamarlos, en el terreno nacional, en el terreno internacional, abriendo brechas corazón en mano.

La espontaneidad y la sinceridad de estos actos, demuestran que triunfó.

En las horas de conversación que una cruel enfermedad imponía, como sustitutivo de terapéuticas inútiles y razonamientos fútiles, argentinos, franceses, uruguayos, nuestras Facultades, nuestras instituciones científicas, el hospital, desfulaban uno y otro día entre elogios y críticas, que eran en él deseos de superación para instituciones y personas. Para éstas, siempre extendiendo y pidiendo se extendiera la mano hacia quienes, en viscosidades políticas o circunstancias personales, habían perdido pie.

Pero sus deseos de vinculación no se limitaban al presente. En una época como la actual, en que parecería que la negación de todo lo hecho anteriormente fuera base indispensable de un programa de futuro, Etchegorry honró a sus maestros, maestros uruguayos, maestros argentinos, maestros franceses, recordándolas continuamente, resaltando en medio de la parte ineluctablemente perecedera de sus obras, las condiciones de personalidad, de inteligencia, el impulso creador que los animó.

Prefería reconocer las fuentes múltiples de su saber, que negar padre y madre, inscribiéndose en el registro como hijo de sus obras.

Y las nuevas generaciones aprendieron a través de sus anécdotas, acúmulo fabuloso de hechos narrados con gran amenidad, a conocer un mundo de personas que sólo él era capaz de abarcar.

Señores:

La sobrevivencia del alma, de las obras, de la persona, es algo que, creyentes o no creyentes, todos ansiamos.

Hay una forma de ella, la más humana, genio y figura, a la que sólo tienen derecho, quienes, teniendo personalidad, sembraron afectos.

Así como empezamos a vivir en nuestros padres, incorporando a nuestra vida hechos de su juventud y su niñez —como si los hubiéramos vivido—, viviremos a su vez en nuestros hijos. Ellos oirán de continuo evocar la figura de Etxegorry y creo interpretar el sentir de todos los que aquí estamos, afirmando que no será posible recordar a ninguno de nosotros, sin recordar al mismo tiempo a Fernando, ejemplo de nobleza, de inteligencia, de tolerancia, de afectuosidad, en una amistad que nos enaltecerá a todos y nos unirá a todos en su recuerdo.

PALABRAS

DEL Prof. CARLOS E. OTTOLENGHI *

Dichosos los que en medio de la turbulencia de los acontecimientos que azotan a la humanidad, pueden reunirse con espíritu sereno para discutir desinteresadamente y tratar de solucionar problemas, que por su misma esencia, van al fondo del individuo y que despojados de pasiones y materialismos sólo buscan el mejoramiento y prolongación de la vida, y también, los que inspirados por estos sentimientos, hacen un alto a sus problemas técnico-científicos y se recogen para evocar a alguna figura ejemplar por sus condiciones personales, por su actuación científica y profesional, y más confortantes aún, si estas ceremonias se realizan con el auspicio fraterno de representantes de dos naciones, que si bien están separadas por un ancho río, están unidas por su origen común, por sus problemas similares, por sus indestructibles vínculos amistosos, por su indomable espíritu de respeto por la dignidad individual, que la Argentina ha defendido en todas las instancias, salvo el desgraciado eclipse sufrido últimamente, y el Uruguay, dentro de la comunidad americana, es el baluarte más sólido de la libertad, la democracia y la consideración por los altos valores humanos.

Los hombres que nos enfrentamos a diario con los problemas de la vida, observamos los sucesos y las actitudes de los hombres, con espíritu diferente.

Dentro de nuestra aparente anestesia al dolor ajeno, comprendemos estos sufrimientos individuales y colectivos y actuamos con espíritu tolerante y altruista, y al tratar de resolver esos pro-

Representante de la Sociedad de Cirugía de Buenos Aires, de la Asociación Argentina de Cirugía, de la Sociedad Argentina de Cirujanos y de la Asociación de Congresos Interamericanos de Cirugía.

blemas, ponemos no sólo nuestra capacidad técnica sino lo imponderable, que hace de ello un buen o un mal médico, que es un fino sentido de comprensión del medio, de la familia y del enfermo.

Estas condiciones las reunía Fernando Etchegorry, cuya memoria evoca esta reunión de cirujanos a los pocos meses de su desaparición.

Oportuna ha sido la iniciativa de la Sociedad de Cirugía del Uruguay, que al reunir su 9º Congreso Científico ha destinado una parte de su tiempo a recordar a una figura que, sin embargo, no necesitaba de esta ceremonia póstuma de carácter consagradorio, porque ella está grabada en el espíritu de cuantos tuvimos el privilegio de su trato.

En esta circunstancia me cabe el honor de representar a las dos entidades más antiguas de la Cirugía Argentina: la Sociedad de Cirugía de Buenos Aires y la Asociación Argentina de Cirugía, que por coincidencia me toca presidir, y lo hago también en nombre de la Sociedad Argentina de Cirujanos, cuya representación me ha sido confiada. De las tres Sociedades, era Miembro, Fernando Etchegorry; Honorario de las dos últimas y Correspondiente Extranjero, de la primera.

Traigo también la honrosa representación de la Asociación de Congresos Interamericanos de Cirugía, de uno de cuyos Congresos fuera Etchegorry su Secretario General, y con Arnaldo Caviglia lucharon incansablemente para lograr un mayor acercamiento cultural y amistoso entre los cirujanos de América. De la Asociación Argentina de Cirugía, organizadora de nuestros Congresos anuales, era Miembro Titular desde 1932, pasando en 1951 a la categoría de Honorario.

Señalar la fecha anterior es expresar que Fernando Etchegorry estaba formalmente ligado a los Congresos Argentinos de Cirugía desde hace veintiséis años, pero esta vinculación venía desde más lejos, y si bien no hay constancia oficial de ella, están los contactos personales que con anterioridad había contraído con los que intimó fraternalmente. Su cariño por nuestro país lo demostró especialmente, al elegir como compañera de su vida a una argentina.

Etchegorry fue fiel a este estado espiritual y su presencia a nuestras reuniones era constante y puntual. Jamás faltó a nues-

tros Congresos, salvo la forzosa pausa causada por la incomprensión de gobernantes desatinados que motivó la interrupción de nuestros vínculos materiales con el Uruguay.

No podemos dejar de expresar cuánto fue lo que extrañamos y lamentamos en esas ocasiones la ausencia de Etchegorry y de todos los colegas uruguayos, que en caravana nos acompañaban y contribuían al éxito de nuestros certámenes. Por suerte esa penosa situación ha sido superada para nunca más volver, y nuevamente nuestros Congresos se ven prestigiados por la presencia de los más destacados cirujanos uruguayos en sus diferentes generaciones.

Al levantar aquellas absurdas barreras, uno de los primeros en correr a nuestro encuentro fue Etchegorry, que se hizo presente en el Congreso de octubre de 1955, a pocos días del triunfo de la Revolución Libertadora. Recordamos emocionados los abrazos cambiados en el reencuentro y la alegría de todos los rostros y en especial de él.

Etchegorry fue con Alfredo Navarro, Domingo Prat, y muchos otros cirujanos uruguayos, paladín de la confraternidad rioplatense; fue de los que mantenían encendida la llama de la amistad, sentimiento que colocaba por encima de las fronteras y de todas las diferencias. Era tan habitual su presencia entre nosotros, que al reconocer su corpulenta figura en la primera fila de asientos, en las sesiones de la Sociedad de Cirugía, al lado de Pisman y San Martín, nos parecía uno de los nuestros, y lo saludábamos con la familiaridad que se siente por quien se está acostumbrado a encontrar a diario.

Pero fue en los Congresos Argentinos de Cirugía, que Etchegorry fue infaltable. Desde la ceremonia inaugural al banquete de clausura, participaba en todos los actos, con la soltura propia de quien se sabe altamente estimado. En muchas ocasiones fue el portavoz de los cirujanos extranjeros que acudían a nuestras reuniones.

Etchegorry era un espíritu extrovertido. Todo en él era espontaneidad. Era sincero en sus expresiones, amplio en su concepto sobre la vida y los hombres; comprensivo por lo tanto de las debilidades ajenas, sabía ser tolerante y condescendiente. Tenía la palabra oportuna para cada uno con quien se encontrara y como era muy observador, recordaba los hechos y actuación de

cada uno y hablaba de nuestro trabajo y hombres, con inteligente claridad y conociendo hasta el detalle nuestros problemas, satisfacciones y conflictos.

Siempre hemos pensado cuánto bien hacen los amigos como Etchegorry, que por no actuar en el medio local y conocer sus nombres e instituciones, pueden en muchas ocasiones ser árbitros imparciales y desapasionados en situaciones difíciles. Pero para ello es necesario que quien actúe en este plano tenga las excepcionales condiciones de tacto, cordialidad, espíritu abierto, amplia comprensión humana, severo contralor del valor moral y científico de los hombres.

Todas estas condiciones las reunía Fernando Etchegorry y por ello era tan apreciado.

Etchegorry fue un ejemplo de diplomático rioplatense, pocos embajadores uruguayos han hecho más por estrechar los vínculos entre los dos países, por su acción constante y personal, y así como era recibido por nosotros, también los cirujanos argentinos eran acogidos aquí en Montevideo, en su hogar, que era la exteriorización de su alma: digno, lleno de intimidad, en el que su compañera que tanto lo amó y sus hijos que prolongan su estirpe, completaban armónicamente la vida de este hombre de acción, que al traspasar los umbrales de su casa dejaba de lado preocupaciones y conflictos y sólo deseaba gozar de la paz espiritual que allí encontraba y de la que participaban todos sus amigos a quienes abría sus puertas, que eran las de su corazón.

No nos corresponde hacer el análisis de la carrera científica de Fernando Etchegorry, porque ello es de competencia de quienes lo siguieron de cerca en su actividad diaria. Sólo expresaremos que Fernando Etchegorry fue un alto exponente de la cirugía uruguaya, discípulo de maestros ilustres, supo hacer honor a su escuela: jefe de clínica, jefe de servicio, miembro de numerosas sociedades, presidió la Sociedad de Cirugía del Uruguay, y en toda su actuación se destacó por la bondad de su espíritu, por la firmeza de su carácter, la claridad de sus convicciones, y su franqueza y sinceridad, no exentas de fina gracia e ironía, que hacían inconfundible su personalidad.

Un Congreso más se reunió en octubre pasado en Buenos Aires, y una nutrida delegación de cirujanos uruguayos nos hon-

ró con su compañía. Sentimos, sin embargo, una profunda nostalgia porque entre el grupo buscamos en vano a la movediza figura de *Fernando Etchegorry* y debimos conformarnos con su ausencia definitiva.

Acabo de leer un sentido libro de *Federico Christmann*, escrito a la memoria de su amigo, el talentoso patólogo *Andrés Bianchi*. El autor, al expresar los intensos vínculos que en vida se suscitan entre las personas y lo perenne de su presencia espiritual, dice al respecto: "Ahora no me cabe la menor duda que los amigos no mueren nunca."

Tal es lo que les acontece a los cirujanos argentinos con su dilecto amigo *Fernando Etchegorry*.

PALABRAS DEL Prof. ABEL CHIFFLET *

Profesor Bergeret; Señor Presidente del 9º Congreso Uruguayo de Cirugía; Colegas argentinos; Señoras y señores:

Al iniciar nuestra meditación sobre lo que diríamos del doctor Fernando Etchegorry en nombre de la Sociedad de Cirugía y del Congreso Uruguayo de Cirugía, nos surgió de inmediato su recuerdo en aquel su asiento de primera fila a la izquierda, junto a la tribuna y al negatoscopio.

Este recuerdo da cuenta de la regularidad de su asistencia a nuestras reuniones y de la simpatía con que notábamos su presencia de hombre cumplido y bondadoso.

Conservaba habitualmente una actitud serena, de oyente comprensivo, pero a veces se le notaban gestos de inquietud, como buscando con quien compartir una preocupación, gestos que no cesaban con su participación en el debate y que hacían crisis en la hora de los comentarios, cuando se había terminado la sesión.

Las obligaciones de la vida compleja y sobrecargada del cirujano en nuestro país, hacen difícil la asistencia regular a todas las reuniones científicas. El interés del tema a considerar es la fuerza que desplaza otras obligaciones. Pero no todos los temas pueden interesar, por lo que corresponde admitir que hay otras razones para la concurrencia asidua. Se concurre regularmente llevado por la valoración de un ideal de perfección colectiva, que está más allá de todos los intereses de índole personal.

Ingresar a la institución tal vez por intereses particulares; comprender su significado y entregarle nuestros frutos; en fin, sentirla como unidad colectiva superior a nosotros e incorporarla a nuestro mundo afectivo, disfrutando de sus triunfos y sufriendo en sus fracasos.

* Representante de la Sociedad de Cirugía del Uruguay y del Comité Ejecutivo del 9º Congreso de Cirugía.

En la Sociedad de Cirugía, Etchegorry esfumó su personalidad y vivió para la institución. Cuando en las reuniones científicas salía de su religioso quietismo, no era un hombre lastimado en sus ideas, sino un miembro de la Sociedad que exteriorizaba el sufrimiento colectivo.

Surgía su inquietud cuando la sesión científica perdía interés, por una comunicación larga o tediosa de un expositor confuso. Se afectaba cuando se deslizaba un error en citas de autores y opiniones, y más aún cuando reconocía la mentira del silencio voluntario de nombres, que antes habían sostenido el mismo concepto.

En cambio, le vimos muchas veces, radiando alegría frente a esfuerzos de avanzada, tal vez temerarios, en el progreso científico; frente a soluciones nuevas de problemas ya viejos; frente a correctas exposiciones de conceptos personales; porque todo esto mostraba, en el triunfo de los demás, vigoroso empuje de nuestra colectividad quirúrgica.

Sentado en aquel su lugar, custodió durante años la dignidad y el prestigio de la Sociedad de Cirugía. Es a este aspecto de la vida de Etchegorry que deseamos rendir nuestro más cálido homenaje.

Resulta lógico que los cirujanos lo sacáramos muchas veces de su prestigioso sitial de asiduo concurrente, para llevarlo a cargos directivos. Ocupó la Presidencia de la Sociedad y del Congreso, la Secretaría General de la Sociedad y del Congreso Interamericano de Cirugía, los Tribunales de Honor de ambas instituciones quirúrgicas. No consideró estos cargos como puestos de distinción, sino como oportunidades para trabajar por la institución, y es así como le vimos esquivar, hasta con cierta timidez, la posición de espectabilidad, pero nunca faltar a las citas de trabajo.

No creemos que las designaciones para puestos dirigentes deban realizarse como premios de actuaciones anteriores. El destino de las instituciones tiene más importancia que las satisfacciones de los hombres. Debemos considerar los cargos dirigentes como puestos de trabajo y llevar a ellos a los que consideramos capaces de mantener el ritmo ascendente de la institución.

Por estos motivos, cuando revisamos a lo largo de los años las numerosas oportunidades en que Etchegorry ocupó cargos di-

rectivos, sentimos la íntima satisfacción de haber elegido bien. Y podemos hoy decir con justicia: le dimos oportunidad para trabajar y disfrutó del placer de entregarse a la obra común.

La Sociedad de Cirugía del Uruguay tiene en nuestros medios científicos un extraordinario prestigio. Es una institución seria, que demuestra su jerarquía en el ritmo regular de sus actuaciones en el correr de los años, en la regularidad de sus sesiones semanales, en la hora de sesionar, en sus publicaciones, en la importancia de las comunicaciones científicas, y fundamentalmente en el clima de las discusiones, que sin salir de los límites del respeto mutuo, propio de la gente que trabaja, da entrada a la opinión discordante que pretende colaborar en la edificación de una verdad.

El prestigio de la institución que atrae lo mejor de nuestra producción científica, depende de su vida espiritual, hecha sobre la base de las actitudes de sus hombres. Serenidad de juicio e indiferencia para los que quieran tomarla como instrumento para sus intereses personales, rigidez en la apreciación de las fallas morales, apaciguamiento de las tormentas desencadenadas por la vehemencia en la defensa de las ideas.

Es muy grande, señores, la cirugía, en el terreno de la ciencia y del humanismo, para que la pequeñez de algunos inhiba los esfuerzos de los mejores. Pero es necesario comprender esa grandeza para adoptar posición de lucha y hacer que la institución rectora de nuestro arte fortifique día a día su posición.

El Dr. Etchegorry fue un luchador, enamorado de la cirugía, que contribuyó con su bondad, su equilibrio, su dignidad y su suplicia de las debilidades humanas, a dar a nuestra institución el sitio que ocupa.

Los que estamos en la Sociedad de Cirugía disfrutando los beneficios de tal prestigio, debemos saber la historia de la institución, para seguir los mismos derroteros de ayer y enseñarlos a los que vendrán. Esta historia está escrita con actitudes nobles y fecundas de ciertos hombres. Rendir homenaje póstumo a uno de estos hombres, como lo hacemos hoy, es grabar en nuestro recuerdo la idea de que la cirugía necesita una institución rectora y que todos le debemos nuestro apoyo.

Corresponde bien, en estos momentos que nos unimos con los argentinos para rendir homenaje recordatorio a nuestro amigo

común, hacer resultar todo el bien que significó su correspondencia generosa, sus visitas frecuentes, sus recibimientos cordiales.

Hemos repetido muchas veces que el cirujano debe viajar, valorar a los demás, decir sus conocimientos, sus ideas y sus impresiones, para formar la fuente común del conocimiento, donde todos podamos beber. Para mantener y vigorizar esa fuente común, es necesario crear lazos afectivos que sean los verdaderos mordientes del conocimiento. El estado emocional es, sin duda, el terreno indispensable para la incorporación de una idea o para la germinación de un concepto.

En el terreno científico no siempre se logran desarrollar estos lazos afectivos porque las facetas científicas de los hombres son rígidas y no sabemos, en el idioma de nuestra ciencia, modular aristas de sentido emocional.

Por estos motivos, cuando hay hombres como Etchegorry, que tienen una natural generosidad, que saben decir de nuestros sentimientos en la forma correcta y cumplida de un caballero, tenemos la sensación, que nos lleva al descanso, de que un denominador común acerca las colectividades y nos unifica, creando ese clima indispensable para la fructificación.

Bien podría decirse que Etchegorry fue espontáneamente Embajador de la cirugía, pero tal vez sería imposible calificarlo como embajador de los argentinos o embajador de los uruguayos.

Rompamos las fronteras, compartamos su recuerdo cariñoso, y digamos que nos reunimos hoy para testimoniar el afecto que nos unía al amigo común, y que seguiremos así manteniendo su recuerdo como fuego permanente de la unidad rioplatense.

PALABRAS FINALES
DEL Prof. ANDRE BERGERET

Agradezco profundamente a los oradores que han hecho uso de la palabra, al Prof. Del Campo, al Prof. Ottolenghi, y al profesor Chifflet, los cuales han evocado ante ustedes la admirable figura del Dr. Fernando Etchegorry.

Ellos han sabido presentar limpiamente los rasgos más notables del Dr. Etchegorry, como habrán podido apreciarlo todos los que tuvieron la suerte de disfrutar del conocimiento y la amistad del Dr. Etchegorry.